LA CONQUISTA del

MUNDO por los JUDÍOS

MAYOR OSMAN BEY

Traducción y Edición

Daniel Alonso

LA SemiYA de la VERDAD

La Conquista del Mundo por los Judíos

Mayor Osman Bey

Traducción y Edición

Daniel Alonso

La SemiYA de la VERDAD

ÍNDICE

ÍNDICE 3

ACERCA DE ESTA EDICIÓN 5

PRÓLOGO 6

PRELIMINAR 7

ORIGEN DE LOS JUDÍOS 10

CARACTERÍSTICAS DEL 11

JUDÍO 11

PRINCIPIO DE INTERESES MATERIALES 13

EL PERIODO DE ABRAHAM 15

EL PERIODO DE ISAAC 16

EL PERIODO EGIPCIO 18

EL PERIODO MOSAICO 20

REACCIÓN DE LOS JUDÍOS 21

EL PERIODO ROMANO 23

UN PREJUICIO CRISTIANO 25

EL PERIODO DE LA EDAD MEDIA 27

CORRUPCIÓN JUDÍA 31

EL PROGRESO JUDÍO DURANTE 33

LA EDAD MEDIA 33

LOS JUDÍOS SIEMPRE SERÁN JUDÍOS 35

LOS JUDÍOS EN LOS TIEMPOS MODERNOS 37

CONQUISTAS FINANCIERAS 40

LA DINASTÍA ROTHSCHILD 43

CONQUISTAS SOCIALES 47

CONQUISTAS POLÍTICAS 49

LA PRENSA JUDÍA 59

LA ASOCIACIÓN ISRAELITA UNIVERSAL 64

OBSERVACIONES FINALES 67

NOTA DEL AUTOR 71

ACERCA DE ESTA EDICIÓN

Este ensayo fue escrito originalmente en francés en 1873 por el Mayor Osman Bey con el título *La Conquista del Mundo por los Judíos.*

Más tarde F.W. Mathias lo tradujo al inglés y lo revisó, para incorporarlo a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos en 1878. Esta versión fue publicada por The St. Louis Book & News Company y rápidamente se convirtió en un best seller mundial.

Tuvieron que pasar 98 años, hasta 1976, para que un hombre llamado Walter White Jr. volviera a publicar el libro tras encontrar una copia original en el Museo de Londres. En su prólogo escribió:

> *"Las copias originales de este libro ingresadas en la Biblioteca del Congreso en Washington DC, Nueva York, Chicago y otras bibliotecas de grandes ciudades han sido retiradas y nunca devueltas. ¡La razón es obvia!"*

Esta versión actualizada y reeditada por Daniel Alonso Prieto que también contribuye con un prólogo para animar a la gente no sólo a su lectura, sino también a su difusión porque sólo la verdad nos hará libres.

PRÓLOGO

Pocas veces en la vida se tiene oportunidad de leer un libro como este en el que demuestra y desarrolla, con sencillez y audacia, la teoría que explica el estado actual del mundo: La Fuerza de los Intereses Materiales y cómo una tribu ha conquistado el mundo con ella, la tribu de los judíos.

Aún resulta más sorprendente que este libro fuera escrito hace más de 150 años para explicar la situación de su época y que las analogías con el mundo actual sean tan notables y palpables para los que tengan la agudeza de verlas.

Hemos de comprender que en 1873 no se podía acusar al autor de antisemitismo, pues ese término no había sido inventado y prostituido por los medios de comunicación todavía, así como toda organización antidifamación judía aún no existía, pues ni siquiera los libros acusados de falsos y antisemitas como los Protocolos de los Sabios de Sión habían sido publicados aún. Así mismo al ser el autor un Británico convertido al Islám tampoco se le puede acusar de tener los "prejuicios cristianos" antijudaicos que los judíos atribuyen cada vez que alguien desvela sus nefastas prácticas históricas y que finalizaban, inexorablemente, en su expulsión y la confiscación de sus bienes robados a las naciones huéspedes.

Sin embargo, al igual que ocurre con los Protocolos de los Sabios de Sión la extraordinaria grandeza de esta obra reside en cómo la historia le ha dado la razón hasta límites que el autor, fallecido en 1901, no podría haber imaginado vaticinando 40 años antes la revolución Bolchevique y 50 años antes la I y II Guerras Mundiales. Este hecho por sí sólo debería darle toda la credibilidad a lo aquí descrito. Y sin duda, así lo hace.

PRELIMINAR

En obediencia a una ley inmutable de la naturaleza, los hombres se esfuerzan por mejorar su propia condición a expensas de los demás. De este hecho se originaron las muchas contiendas y guerras celosas en las que los hombres buscan superarse unos a otros.

La forma en que se llevan a cabo estas guerras y contiendas está determinada por principios que difieren entre sí, según las posiciones geográficas, la condición social y política y el espíritu peculiar de los pueblos en conflicto. Estos principios, que así forman la base de la obra de conquista, son de tres clases:

1. El Principio de la Fuerza Física.
2. El Principio Teocrático, por el cual las masas están sujetas a una fe religiosa.
3. El Principio de los Intereses Materiales, que esclaviza a las personas mediante la opresión financiera.

Los dos primeros tipos de principios que suponemos son bien conocidos, porque la historia de Roma y Grecia en la antigüedad, así como la historia del papado y de Rusia y Alemania en los tiempos modernos, son simplemente la ilustración de la aplicación de esos principios. Son las causas que dieron origen a esos poderes y fundaron su predominio por medios físicos y morales.

Pero las conquistas de la tercera categoría, es decir, las que resultan de la aplicación del Principio de los Intereses Materiales, nos muestran un fenómeno peculiar y totalmente nuevo.

En este caso, los intereses materiales reemplazan a la fuerza física o la fe religiosa y se convierten en la base y en el motor de la obra de conquista. Pero el Principio de los Intereses Materiales es mucho más poderoso que los otros principios, tal como están dispuestas las cosas en este mundo ahora, de modo que uno pueda escapar de su poder. Porque un principio que se basa en la necesidad de la existencia, en el elemento de la vida, es un principio universal al que todos estamos sujetos en la actualidad.

Nuestros intereses materiales constituyen un punto central hacia el que tienden todas las inclinaciones y deseos humanos; y por tanto su posesión equivale al dominio universal.

Una conquista fundada en el principio de los intereses materiales no es una victoria de la fuerza sobre la debilidad, ni una victoria del conocimiento sobre la ignorancia, sino una victoria de la astucia sobre la confianza y el descuido. Su objetivo es obtener el control de todos los medios de existencia y absorber todas las riquezas de las naciones; sometiéndolos así, al final, al gobierno arbitrario del conquistador.

Nuestro propósito en este ensayo es explicar el modo y la manera de esta conquista, y exponer clara y sorprendentemente el surgimiento del poder judío y su maravilloso desarrollo en nuestros días.

Con toda probabilidad, el pueblo judío ha sido el primero en descubrir ese poder secreto: el Principio de los Intereses Materiales.

En cualquier caso, este pueblo es el único que ha sabido utilizar ese principio como medio de conquista. Si examinamos la historia detenidamente, nos sorprende el hecho de que los judíos, desde los primeros tiempos, han utilizado este principio como arma para luchar contra otros pueblos y como base para la erección de sus derechos religiosos, sociales y políticos.

Un estudio atento de la historia judía nos permite familiarizarnos con el espíritu y el carácter del pueblo judío y apreciar adecuadamente sus esfuerzos y propósitos. Desgraciadamente, al seguir este estudio nos dejamos exclusivamente con los documentos e informes que los propios judíos han considerado oportuno transmitirnos. Si los filisteos, los faraones y otros oponentes de los judíos nos hubieran dejado monumentos históricos, la historia del "pueblo elegido" sonaría muy diferente de lo que leemos hoy.

Pero, después de todo, un análisis filosófico del Antiguo Testamento será más que suficiente para darnos una estimación correcta de los logros del pueblo judío.

ORIGEN DE LOS JUDÍOS

Los judíos fueron una vez una tribu árabe, que vivía como las otras tribus árabes, del saqueo y de la producción de sus rebaños. El Antiguo Testamento no hace ninguna declaración de la cual podamos deducir la ascendencia de los judíos de los árabes.

La tradición árabe, sin embargo, y especialmente el Corán, fija el hecho de que Abraham (Tbraham-Allehi-Selam), un patriarca árabe, vivió con su tribu y sus rebaños en Arabia (Hiddjaz) y sentó las bases de la santa Raaba (Kiabeh) , el templo de La Meca, que siempre ha sido sede del culto monoteísta y donde, hasta el día de hoy, se ofrecen oraciones al Dios de Abraham, Ismael y Mahoma.

No conocemos las circunstancias que indujeron a Abraham a abandonar Arabia con su tribu, pero fue, sin duda, el deseo de mejorar su condición lo que los llevó a emigrar. Esta suposición está aún más justificada, ya que el mismo deseo siempre ha impulsado a las poblaciones nómadas a invadir las tierras adyacentes a la Península Arábiga.

CARACTERÍSTICAS DEL

JUDÍO

Los árabes están dotados por naturaleza de un grado inusual de facultades mentales, que eclipsan las de todas las demás razas. Las facultades que son así peculiares de los árabes son "una fortaleza mental que no se deja disuadir por ningún misterio ni ninguna distancia; una comprensión pronta e inmediata de un plan, un modo de actuar ardiente y enérgico y, finalmente, una astucia incomparables" .

Estas facultades, que pertenecen a los árabes en general, eran necesariamente inherentes a los judíos, pero junto con ellas poseen otras cualidades especiales que les confieren ventajas adicionales. Así, el árabe es rápido al principio, pero le falta dureza y perseverancia; mientras que el judío combina con un temperamento ardiente una obstinación tan inflexible, que bien se puede decir: el judío nunca cede y no sabe ni perdonar ni olvidar.

Otra distinción que se puede observar en el carácter de estos dos hijos del desierto es la siguiente: los árabes se inclinan más hacia lo ideal y lo abstracto, mientras que los judíos son esencialmente materiales y prácticos.

De esta divergencia de carácter resulta que, si bien el árabe experimenta una reverencia platónica y espiritual por lo bello, el judío ve en él sólo lo

útil. Un judío bien puede detenerse a admirar una flor o cualquier otro objeto; pero al mismo tiempo se estará preguntando: ¿Cuánto puedo ganar con ello?

La rapacidad es una pasión que se ha convertido en la segunda naturaleza del judío y a la que instintivamente presta obediencia. El deseo de ganancia está tan fuertemente arraigado en su organismo que extingue cualquier otro sentimiento, cualquier otra pasión. El judío, por ejemplo, no conoce el amor propio. Si te burlas de él, él no le presta atención; si lo elogias, él se ríe de ti; pero si te atreves a quitarle un centavo, se enfurece como un tigre. Su único objetivo en la vida es la ganancia. Por lo tanto, todo lo que no tenga este objetivo en mente no merece atención.

Esta rapacidad ilimitada coloca a los judíos en un antagonismo eterno con el resto de la humanidad y, por lo tanto, los judíos hacen la guerra hasta el extremo contra todos los demás hombres. Esta ira lleva a los judíos a creer que los hombres fueron creados sólo para engañarse y devorarse unos a otros. En esta rivalidad entre los hombres, la opinión judía es que los más astutos y rapaces deben, al final, devorar a los demás.

Además, esta creencia en un antagonismo interminable entre los hombres es una idea innata en la mente de los árabes, ya que la encontramos prevaleciente tanto en las doctrinas del Talmud como en el Corán, dos libros que son una rica mina de ideas y tradiciones semíticas. Pero si los árabes y los judíos están de acuerdo en este punto, la manera en que aplican esa doctrina en la práctica no es exactamente la misma. Así, el árabe, con su espíritu de caballería, traza una línea de distinción entre los estados de guerra y paz, mientras que el judío no reconoce ningún armisticio y continúa la batalla sin interrupción.

PRINCIPIO DE INTERESES

MATERIALES

Un pueblo dotado de dones naturales y de un carácter tan extraordinario, naturalmente suscita expectativas de logros maravillosos. Pero el milagro más grande que el pueblo judío haya logrado jamás es seguramente este: haber descubierto el Principio de los Intereses Materiales y su poder como vínculo social y político y como medio para conquistar el mundo.

Este descubrimiento fue el resultado del desarrollo gradual de las facultades propias de este pueblo. Durante sus relaciones con las tribus vecinas, los judíos pudieron tener en cuenta estas verdades político-económicas:

1.- No es el que adquiere, sino el que ahorra, el que alcanza la riqueza.

2.- Quien ahorra obtiene supremacía sobre quien derrocha.

Observaron, además, que los hombres en general dan poco valor a lo que poseen, porque el deseo de adquirir lo que no poseen les hace perder de vista lo que tienen en sus manos.

De estos fenómenos los judíos derivaron aquellos principios que desde entonces se han convertido en la base de su sistema comercial, social y político. Cuando sus primeros intentos se vieron coronados por el éxito, se esforzaron en extender sus operaciones mediante la emigración a un

país rico y fértil y, por tanto, resolvieron abandonar su tierra natal: Arabia.

Es bastante correcto suponer que Abraham y su tribu, antes de emprender una empresa de este tipo, trazaron algún tipo de plan que concordaba con sus dones naturales y la empresa propuesta. El plan que adoptaron los invasores fue el siguiente: apoderarse de todo el oro y los objetos de valor de cada país que pudieran invadir, pero dejar a los habitantes su vida y sus bienes inmuebles.

Los judíos argumentaron así: "Si tomamos el oro y los frutos de su trabajo de los habitantes, podremos dejarles con seguridad sus campos y viñedos. Si logramos hacer nuestras sus riquezas, nos convertiremos en amos y ellos en nuestros esclavos" .

Al adoptar este plan, los judíos demostraron un genio abrumador, porque con ello rechazaron los principios completamente diferentes sobre los que habían actuado sus predecesores al realizar sus conquistas, y formularon un nuevo principio: el de los intereses materiales. Es más, lo aplicaron en su estado puro y simple, es decir, sin apoyo de fuerza física o influencia religiosa.

Veamos ahora cómo este principio, utilizando las armas de la astucia y la actividad, ha logrado en el primer período de su existencia triunfos tan asombrosos y ha completado, en el siglo XIX, la conquista del mundo.

EL PERIODO DE ABRAHAM

Al salir de Arabia, Abraham y su pueblo se dirigieron hacia Mesopotamia. Pero su estancia allí fue de corta duración, ya que los atrajo la proverbial fecundidad de la tierra de Canaán. Esta primera invasión pacífica concordaba, de manera notable, con sus propósitos.

Una vez que entraron en ese país, lograron utilizar las disensiones y las guerras internas que sus depredaciones provocaron entre el pueblo de Siria, tan bien para su propio beneficio, que pronto pudieron apoderarse de todas las riquezas del país.

Sin embargo, nos enteramos de que algún tiempo después Abraham y su tribu se dirigieron a Egipto, un país que siempre había sido celebrado por su riqueza y fertilidad. Es cierto que los judíos explican esta extraña excursión alegando una hambruna que entonces asolaba Canaán. Parece, sin embargo, que esta hambruna no era, en verdad, más que la sed ardiente que los judíos anhelaban saciar en la corriente de los tesoros del Faraón.

Al principio los judíos tuvieron tanto éxito en Egipto como esperaban; durante un corto tiempo les bastó para reunir una gran cantidad de oro, plata y mucho ganado. Pero su rapacidad pronto provocó la ira de los egipcios contra ellos hasta tal punto que el rey Faraón expulsó a los judíos del país; sus malas costumbres y sus intrigas les sirven de pretexto.

Después de su regreso de Egipto, los judíos cayeron con renovada furia sobre las ricas tierras de Canaán, donde se hicieron ricos y poderosos a expensas de los habitantes nativos.

EL PERIODO DE ISAAC

Isaac, como Abraham, se esforzó por llevar a cabo una conquista financiera y apropiarse de las riquezas que estaban en posesión de los nativos.

Con este fin, redobló sus esfuerzos e hizo una excursión a la tierra de los filisteos. Para ocultar su propósito, consideró necesario alegar una vez más el hambre como pretexto para atar a su pueblo a ese país. Al principio, el rey de los filisteos, Abimelec, recibió a los judíos como amigos, pero poco tiempo fue suficiente para cambiar de opinión e inducirlo a expulsarlos, porque las intrigas y la rapacidad del pueblo judío se manifestaron muy pronto en su verdadera forma.

Después de su llegada, Abimelec, con cierta ingenuidad propia de su época, no ocultó en ningún caso el motivo que le llevó a deshacerse de los judíos, pues les dijo con toda franqueza: "Ustedes son más poderosos" , es decir, "más ricos que yo." Además, su pueblo estaba tan amargado contra los judíos que los habrían asesinado a todos, si los judíos no hubieran decidido abandonar el país.

Antes de continuar con nuestra exposición histórica, debemos introducir aquí algunos hechos muy significativos que ocurren en todas estas invasiones y posteriores expulsiones de los judíos. Deseamos llamar la atención del público sobre estos hechos, ya que sirven para exponer la política de los judíos y los astutos trucos que utilizaron para implementar su conquista financiera del mundo.

El primer hecho notable es el especial cuidado con el que los judíos evitaron todo conflicto armado con el pueblo que se proponían

conquistar. Durante el período mencionado, sus empresas conservaron un carácter esencialmente moral, ya que los judíos nunca aplicaron la fuerza física. La astucia era, en aquella época, su arma favorita.

Evidentemente, a los judíos les conviene evitar todo derramamiento de sangre; y por tanto no vemos ninguno de esos conflictos armados que constituyen el Principio Físico en contraposición al Principio de los Intereses Materiales.

El otro hecho notable es el tacto que demostraron los judíos cuando se vieron obligados a retirarse de un país conquistado. Consiguieron no sólo llevar consigo su botín, sino también retirarse con una victoria moral sobre sus oponentes, echando toda la culpa a sus enemigos y presentándose como un pueblo perseguido.

Esta política de los judíos es una verdadera obra maestra del maquiavelismo, que ninguna otra raza, ninguna otra secta, ha podido superar jamás. Esta política constituye, de hecho, incluso en nuestros tiempos, el alma y el espíritu del judaísmo.

EL PERIODO EGIPCIO

El movimiento agresivo que los judíos emprendieron contra Egipto puede resumirse en lo siguiente: Una vanguardia, formada por aventureros judíos, entró primero en Egipto para realizar un reconocimiento, con el fin de infiltrarse en ese país con el pretexto de una hambruna.

Esta vanguardia tuvo un éxito maravilloso, porque los hombres no sólo se enriquecieron a expensas de los habitantes, sino que también lograron hacerse con el control del poder supremo.

La elevación de José al rango de virrey de Egipto provocó un movimiento agresivo por parte de Jacob y toda su tribu. A partir de ese momento, los egipcios se convirtieron en presa de los judíos, quienes los saqueaban a su antojo. Sin embargo, la rapacidad de estos conquistadores pronto provocó la resistencia de los nativos, que demasiado tarde reconocieron en los judíos una plaga social y un peligro político.

Ante esto, el gobierno faraónico tomó medidas para su propia protección y se decidió expulsar a los judíos del país. Pero tal medida habría implicado a los egipcios en las mayores dificultades financieras. La expulsión de los judíos habría provocado grandes conmociones financieras en los asuntos gubernamentales. ¿Era entonces más aconsejable dejar que los judíos partieran con sus tesoros extorsionados y observar con calma la completa ruina de Egipto por parte de los judíos?

Mientras el infeliz Faraón todavía buscaba medios para escapar de tan terrible dilema, los judíos reunieron todos los objetos de valor que pudieron conseguir y huyeron con ellos de Egipto.

Habiendo mostrado así de qué manera el pueblo judío comenzó a atacar las finanzas desde su primera aparición en la historia, ahora lo seguiremos en el segundo período de su historia.

EL PERIODO MOSAICO

Este segundo período señala una revolución total en la política del pueblo judío. Los cambios introducidos por Moisés no fueron más que una abjuración formal del principio judío. Esta revolución eliminó por completo el principal principio motivador del pueblo judío, el principio de los intereses materiales, para poner en su lugar uno nuevo, formado a partir de la unión de los principios físicos y teocráticos.

Este cambio fue el resultado de una reacción que había tenido lugar en la mente de los hombres que guiaban el destino del pueblo elegido" . Estos nobles hombres se estremecieron al ver que su raza se rebajaba hasta el punto de entregarse al robo en los caminos y a la usura. Pensaban que un pueblo que pretende pertenecer a la más destacada de las naciones debe emprender abierta y honestamente la carrera que conduce a la prosperidad y la civilización. Debe declarar indigno de sus objetivos un principio de cobardía que, a los ojos de la humanidad, merece la excomunión.

Pero la victoria de la idea mosaica sólo podría asegurarse mediante la completa extinción de los partidarios de la antigua idea judía. Fueron, por tanto, aniquilados, junto con su Becerro de Oro, símbolo del espíritu de usura, que es lo mismo que el Principio de los Intereses Materiales.

La aplicación del principio de la conquista por la fuerza armada, condujo a la ocupación de Canaán y a la fundación del reino de Judá. Pero como este período sólo sirve para explicar la aplicación de un principio que no entra dentro del alcance de nuestro ensayo, retomaremos el hilo de nuestra investigación desde el momento en que desapareció el reino de Judá, para dejar espacio nuevamente a la reaparición del reino de Judá.

Idea judía, es decir, el Principio de los Intereses Materiales.

REACCIÓN DE LOS JUDÍOS

Con la caída del reino de Judá, su permanencia y apoyo, también cayó el Principio de la Fuerza Física, y los judíos volvieron nuevamente sus ojos hacia ese principio peculiarmente judío que les aseguraría la conquista del mundo: el Principio de la Fuerza Física. Intereses materiales.

Cuando fueron atacados por los asirios y los persas, tal vez todavía había un partido entre los judíos que consideraba posible una conquista por la fuerza armada, pero este partido pronto fue silenciado por los partidarios de la antigua idea. Estos últimos partidarios sostenían que si las profecías se cumplieran y los hijos de Israel adquirieran la conquista del mundo, tal objetivo no podría lograrse mediante la aplicación de las armas, sino sólo mediante la aplicación del Principio de Intereses materiales.

¿De qué nos sirve" , decían, "poseer un país propio, un reino, fortalezas y ejércitos, que una sola tormenta puede destruir en un momento, convirtiéndonos en esclavos del conquistador?"

"No, el principio mosaico puede parecer hermoso, pero es sólo una quimera. Nuestras riquezas y nuestro poder no deben concentrarse en un solo punto; deben estar en todas partes y en ninguna parte, para que no puedan convertirse en presa de nuestros enemigos. Ningún país, ningún reino debe ser nuestro, pero debemos intentar poseer las riquezas de todos los países y de todos los imperios del mundo.

Esparcidos por toda la faz de la tierra, no debemos poseer una habitación fija, sino apresurarnos hacia aquellos lugares donde la cosecha es más abundante. Sólo a través del principio indicado por Abraham, Isaac y Jacob, y sólo así se pueden y se cumplirán las profecías que prometen a los hijos de Israel la conquista del mundo" .

El conflicto entre estos dos principios dividió a la nación judía en dos partidos que lucharon durante mucho tiempo por la supremacía. La consecuencia de este conflicto fue que los judíos se vieron en un momento obligados a decidirse por una emigración cosmopolita, y en otro momento se sintieron atraídos nuevamente hacia Sión, el punto central visible de su nacionalidad.

La tendencia a la descentralización prevaleció en algún momento y fue la causa de ese tipo de emigración, que se conoce con el nombre de cautiverio babilónico. Pero este cautiverio no fue, de hecho, más que un movimiento agresivo por parte de los judíos, cuyo objetivo era reducir a sus conquistadores al sometimiento mediante la astucia y la usura.

Derrotados en el campo de la política y la guerra, los judíos intentaron compensarse saqueando a los asirios, y es un hecho que, una vez establecidos en el centro del imperio asirio, los judíos se apoderaron de las riquezas del país y finalmente se apoderaron incluso de su administración y de su poder político.

Esta victoria fue logrado con la ayuda de las intrigas de Ester y Mardoqueo, quienes utilizaron al viejo rey Asuero como herramienta, tomando las riendas del Estado en sus propias manos.

EL PERIODO ROMANO

La conquista de Judea por los romanos dio una dirección decisiva a la tendencia cosmopolita de los judíos. Ahora penetraron en todas las provincias orientales y occidentales del Imperio Romano. En todos los países pronto robaron entre sus conquistadores y los vasallos de esos conquistadores, y se aprovecharon de ellos con astucia y usura a su gusto.

Es a esta afluencia de judíos, así como a su espíritu rebelde, a lo que debemos atribuir el odio que los romanos comenzaron a albergar hacia ellos. Cuando este odio alcanzó su punto culminante, los romanos emprendieron una campaña que tenía como objetivo la destrucción de una raza que se había convertido en una verdadera plaga para el Imperio.

La campaña de Tito tenía como objetivo destruir la capital del pueblo judío, considerada por los romanos como el punto de acción de la raza judía. Pero esta campaña no cumplió su objetivo, y por esta razón: hacía tiempo que Jerusalén había dejado de ser el punto central de acción de la nacionalidad judía.

Porque entre los judíos el movimiento de descentralización cosmopolita había tomado desde hacía mucho tiempo el lugar del sistema de centralización, y el Principio de la Fuerza Física había dado paso al Principio de los Intereses Materiales.

Habiendo ocurrido este cambio, los judíos ya no necesitaban las fortalezas de Judea y los muros de Jerusalén en su movimiento agresivo. Ya habían asumido audazmente la ofensiva en todos los puntos y habían decidido emplear en su proyecto de conquista del mundo sólo las armas de la astucia y la usura.

Además, la política romana cometió un gran error al dirigir sus armas contra un punto cuya destrucción ya no podía debilitar el poder judío. Para los judíos, que hacía mucho tiempo habían cambiado su punto de acción por un principio, ese principio constituía ahora su única base de operaciones, y los romanos deberían haber luchado y aniquilado ese principio.

Pero tal empresa no estaba al alcance de los romanos; y Tito, al destruir Jerusalén, destruyó el único obstáculo en el camino de los judíos para un libre movimiento agresivo sobre todas las demás naciones. A partir de ese momento el pueblo judío renunció para siempre* a su país natal y a sus tradiciones mosaicas, y comenzó la gran obra de conquistar el mundo por medio del Principio de los Intereses Materiales.

*Nota del Traductor: Recuerde el lector que este libro es de 1873 y la inexistencia de la nación de Israel e incluso de un proyecto Sionista consolidado da lugar a la creencia de que los judíos habían abandonado la idea de una patria para siempre. Más de 150 años después comprobamos que esto no era así, la conquista del mundo era para conquistar Palestina y por tanto, las I y IIGM y el Bolchevismo Ruso adquieren un nuevo sentido a la luz de estas reflexiones.

UN PREJUICIO CRISTIANO

Los motivos que, como hemos dicho anteriormente, obligaron a los judíos a abandonar su país natal, desmienten un prejuicio que se ha arraigado entre los cristianos, a saber: La creencia universal de que los judíos han sido esparcidos por toda la faz de la tierra, por todo el mundo por su terquedad en negarse a reconocer la misión divina de Cristo.

La historia muestra que esta creencia es un mero prejuicio; porque podrían citarse innumerables pruebas para establecer el hecho de que la dispersión de los judíos no ha sido más que una emigración voluntaria y predeterminada. Una prueba del hecho de que esta dispersión de los judíos fue voluntaria es la circunstancia de que cuatrocientos años antes de la conquista de Jerusalén en la época de los Macabeos, el pueblo judío ya había comenzado a dispersarse hacia todas las regiones del mundo.

Otra prueba de que la fuerza bruta no ha sido la causa de la dispersión de los judíos es el hecho de que Tito se llevó sólo unos pocos miles de prisioneros judíos para su entrada triunfal en Roma. Pero hay una gran distinción entre unos pocos miles de judíos y toda la población de Judea, una distinción que bien puede ser suficiente para anular cualquier otra prueba que pueda presentarse para demostrar que los judíos fueron dispersados por la fuerza.

Si además consideramos el hecho de que los romanos nunca expulsaron de sus países a los pueblos a los que sometieron, es menos probable que creamos que hicieron una excepción en el caso de los judíos, a quienes de todos modos nunca temieron mucho.

Habiendo demostrado así que la dispersión del pueblo judío debe

considerarse sólo como un movimiento agresivo, que tenía por objeto la conquista universal del mundo, seguiremos ahora el destino de los judíos y su progreso en los últimos tiempos del siglo XIX. Imperio Romano y Edad Media.

EL PERIODO DE LA EDAD MEDIA

El debilitamiento del dominio romano y las invasiones de los bárbaros provocaron un período de transición que favoreció enormemente la expansión del elemento judío. Colocados entre otros dos elementos, uno de los cuales estaba enervado y el otro en estado de barbarie, los judíos lograron avanzar imperceptiblemente y echar raíces firmes en las tierras conquistadas por los bárbaros.

Es cierto que la Iglesia cristiana y el poder feudal se opusieron a su avance medidas hostiles, e incluso frenaron su desarrollo; pero los judíos no se dejaron frenar por tales obstáculos y se las arreglaron para paralizar la hostilidad tanto de los sacerdotes como de los nobles.

Sólo hay una hostilidad que los judíos temen; es aquello que asume la forma de competencia y los ataca en su propio campo; es decir, el Principio de los Intereses Materiales. Mientras se permita a los judíos acumular dinero silenciosamente, no les importa nada más; por el contrario, se burlaron a sus espaldas tanto de los vencedores por la fuerza de las armas como de los vencedores por el Principio Espiritual.

Mientras Europa durante este tiempo estaba dividida en muchas naciones e imperios, los judíos se dispersaron por todos los lugares comerciales, estableciendo allí su residencia para ejercer el comercio y la usura. Es cierto que sus riquezas, y especialmente cómo los reunió, atrajo a menudo sobre ellos crueles persecuciones; pero estos actos de violencia fueron sólo temporales y no lo suficientemente poderosos como para detener la creciente ola de conquista judía, que diariamente ganaba más territorio.

Así, los establecimientos judíos penetraron en los principales centros comerciales de Europa. Un grupo de judíos se estableció en Venecia, otro en Génova, mientras que al mismo tiempo surgieron colonias en las principales ciudades de España, Países Bajos, Alemania y Polonia. Estos organismos, aunque dispersos en un extenso territorio, formaban una unión homogénea y firmemente unida, ejerciendo su actividad bajo el impulso de una única fuerza motriz, el Principio de los Intereses Materiales.

Esta afirmación de que los miembros dispersos de la raza judía formaban un cuerpo unido y temible no es en modo alguno una frase etérea, sino una verdad que puede demostrarse con exactitud matemática.

Como primera prueba de este hecho, señalamos que incluso durante la civilización actual de las naciones occidentales, el vínculo de unión racial que encadena a un judío con otro es mucho más fuerte que el vínculo que une a un judío con un cristiano.

La segunda prueba es la circunstancia de que las mismas tradiciones religiosas e históricas, así como la misma unión racial, existen entre todos los judíos de un extremo al otro del mundo, desde Kamchatka hasta San Francisco, tanto en la Europa civilizada como en Europa. en el centro de Asia. Todo este cuerpo disperso y sin embargo unido está animado por una sola idea, por una sola fe: que sus miembros son el "pueblo elegido" y los tesoros de este mundo son su herencia.

Interrogar, como muchas veces hemos tenido ocasión de hacerlo, al merodeador judío que recorre las estepas de Tartaria, o al refinado corredor de bolsa que pasea por Leopold Street de Viena, o Lombard Street de Londres, o Wall Street de Nueva York, y encontraréis entre todos ellos la misma fe y confianza en su destino.

La solidaridad judía es tan grande que, si se ataca a un judío en cualquier

lugar del mundo, todos los judíos de los cinco continentes se levantan como un solo hombre.

Para ilustrar esto, nos referimos a un incidente de los tiempos modernos: mientras el general Grant se enfrentaba a fuerzas opuestas en el estado de Tennessee, estaba muy molesto por el gran número de judíos que seguían a su ejército, como el perro que caza al ciervo, que emitió una orden exigiendo a los judíos que abandonaran sus líneas inmediatamente.

Poco después, se creó un inmenso entusiasmo entre los judíos de todas las grandes ciudades de Estados Unidos y se formaron comités de fieles que inmediatamente comenzaron su peregrinaje a Washington, con el fin de inculcar al presidente Lincoln la supuesta injusticia de la orden del general Grant.

El Presidente escuchó atentamente la queja del comité y, en la bondad de su corazón, dirigió una carta al General Grant en la que le pedía que modificara esta orden.

El general Grant respondió afirmando que había cumplido con el deseo del Presidente y rescindió la orden en cuestión, pero añadió que los judíos, en su opinión, no habían cambiado nada para mejorar desde que crucificaron a Cristo.

Dondequiera que haya judíos, cada judío tiene seguridad de alojamiento, apoyo y asistencia. Al mismo tiempo, el idioma hebreo, con sus letras peculiares, sirve a los judíos de todos los países como vínculo de unión y conecta entre sí a las comunidades judías esparcidas por toda la superficie del mundo.

La verdadera masonería es la de los judíos, en comparación con la cual nuestra propia masonería es un mero juego de niños. En la Edad Media, estos aventureros judíos se infiltraron, de la manera más modesta, sin

pretender nada, como hombres que tenían que ganarse la vida. Se sometieron pacientemente, envueltos en harapos, a luchar con amarga miseria; y, sin embargo, su fe en su destino final permaneció inquebrantable.

En vano buscamos en la historia un espectáculo que se acerque incluso a la abnegación a la que los judíos se sometieron durante siglos para lograr su objetivo: la conquista del mundo.

Con la ayuda de esta abnegación y de esta severa disciplina, estos reclutas de la usura se han mantenido fieles a su bandera, el Principio de los Intereses Materiales, y se han convertido en hombres sobrios, activos y poderosos.

Ese principio se convirtió para los judíos en una ley que los sometía a un modo de vida espartano, impidiéndoles corromperse por la pereza o la disipación. La disciplina y el modo de vida revelan el secreto de cómo los judíos pudieron luchar con tanto éxito contra las otras razas y apropiarse del botín que les quitaron con tan singular fortuna.

En este conflicto comercial y financiero, sucede a menudo que el judío vence a cientos de sus oponentes en el campo, únicamente porque el Principio de los Intereses Materiales, el cebo de la ganancia lo hace más sobrio, activo y poderoso que cientos de sus oponentes tomados en conjunto.

CORRUPCIÓN JUDÍA

Pocas personas nos creerán si les decimos que los judíos poseen, sin embargo, la quintaesencia de la virtud. Esta afirmación debe parecer aún más paradójica, ya que mucha gente considera a los judíos como la peor clase de hombres. Pero estas personas se sorprenderán aún más cuando agreguemos que los judíos son muy virtuosos y aborrecíblemente viciosos; es más, son los diseminadores del vicio.

Esta aparente contradicción necesita sólo unas pocas explicaciones para hacer evidente su pleno significado. El judío es virtuoso porque experimenta un amor práctico, y no, como nosotros, platónico, por la virtud. El judío es virtuoso porque le conviene serlo; esto se debe a las ventajas materiales que le proporciona la virtud. El ejercicio de la virtud prolonga la vida y permite ganar dinero; Esto le basta al judío y por eso venera la virtud.

Pero si el principio de los intereses materiales le obliga, por un lado, a abrazar la virtud, el mismo principio le obliga, por otro lado, a entrar en el camino del vicio. El judío, que sabe cómo asegurarse las ventajas de la virtud, considera en adelante que la virtud es su monopolio. "La virtud", piensa, "es algo muy bueno, de lo que debo cuidar mucho. Pero no debe estar en posesión de todos, porque de lo contrario no sería posible ganar dinero con él".

Por lo tanto, es a través del cálculo o la especulación que somete incluso la virtud a impuestos y utiliza el vicio como herramienta o arma de destrucción. Así, la virtud y el vicio se convierten en manos de los judíos en medios poderosos, que pueden ser utilizados como armas defensivas u ofensivas. Con virtud afrontan pérdidas y desgracias; con el vicio atacan a aquellos cuyas fortunas pretenden devorar.

Si fuera necesaria alguna prueba adicional para demostrar que los judíos buscan enriquecerse mediante la desmoralización, bastaría señalar algunos hechos bien conocidos: Benazet y Blanc, dos judíos, fueron los fundadores de las casas de juego de Baden-Baden y Homburg. Ilahmi Pascha, hijo del virrey de Egipto, había heredado una fabulosa fortuna que ascendía no menos a 150.000.000 de francos. El judío Oppenheim, en Alejandría, se convirtió en su banquero y administró los asuntos del joven Ilahmi con tanta maestría que tres años de su administración fueron suficientes para arruinar al príncipe.

EL PROGRESO JUDÍO DURANTE

LA EDAD MEDIA

Durante todo el período de la Edad Media, los asentamientos comerciales de los judíos no eran más que otros tantos campamentos separados en territorio enemigo, que podían ser desmantelados en cualquier momento y levantados de nuevo en otro lugar. El comercio era el gran campo de batalla, por así decirlo, en el que los dos enemigos (los nativos por un lado y los invasores judíos por el otro) se encontraron y continuaron sus enfrentamientos; estos últimos, naturalmente, salen victoriosos casi en todos los casos y adquieren así la hegemonía de todo el mundo comercial; porque el comercio estaba especialmente adaptado a los instintos judíos.

Es característico del carácter judío que ni siquiera uno de los modos de vida elegidos por los judíos sirve para enriquecer directamente la riqueza de una nación. El judío, como es bien sabido, no se dedica a la agricultura, a la minería, a la producción de materias primas, ni siquiera a la fabricación de cosas a partir de esas materias primas. Sólo se ocupa de la circulación de valores y se enriquece cambiando artículos sin valor por buen dinero.

Nos sentimos obligados a llamar la atención sobre esta circunstancia para establecer el hecho de que los judíos son en su mayor parte parásitos improductivos; porque ¿qué debería inducirles a trabajar con el sudor de la frente, cuando tienen en sí mismos los medios para apropiarse de las

producciones de los demás? Por esta sencilla razón los judíos siempre se han mantenido alejados de la agricultura, y prefirieron una vida cambiante y nómada, lo que les ofrece la gran ventaja de dejarles siempre libertad para cualquier tipo de movimiento.

Esta movilidad, gracias a la cual los judíos siempre podían localizar los lugares donde se esperaba el mayor botín, era evidentemente el resultado de que no estaban ligados en lo más mínimo al suelo en el que vivían. Armonizaba, además, con su tendencia cosmopolita y su sistema agresivo en general.

Así, por ejemplo, durante los tiempos de florecimiento de las repúblicas italianas, Venecia, Génova y Florencia fueron invadidas por judíos. La caída de estas repúblicas obligó a los judíos a recoger los tesoros acumulados en el Sur y emigrar hacia el Norte; instalándose en Alemania, Polonia y los Países Bajos, donde, mientras tanto, el comercio, la industria y la prosperidad general habían aumentado enormemente.

Inglaterra fue la última en sufrir; de hecho, no fue hasta finales del siglo pasado (S.XVII), cuando arrebató la supremacía naval y comercial de manos de Holanda, que había dominado hasta entonces. Los judíos tuvieron menos éxito en España. En ese país los nativos los obligaron a emigrar, considerándolos invasores extranjeros y aliados secretos de los moros.

LOS JUDÍOS SIEMPRE SERÁN

JUDÍOS

Después de este breve repaso de la historia de los judíos durante la Edad Media, ahora nos corresponde dedicar una investigación especial a una cuestión aislada y asociada, que constituye incluso por sí misma un verdadero milagro. Aludimos al hecho notable de la no mezcla de los judíos.

A pesar de su amplia dispersión y de siglos de intercambio continuo con otras razas, los judíos siguen siendo hoy lo que eran hace mil ochocientos años. Encontramos en ellos las mismas características, el mismo tipo; como si ni el tiempo, ni la costumbre, ni la relación con ellos hayan hecho mella.

Este curioso fenómeno es el resultado de la cooperación de diferentes factores, de los cuales enumeramos aquí los más destacados:

1. El vínculo de las tradiciones religiosas e históricas.
2. El vínculo de parentesco consanguíneo.
3. El sentimiento de solidaridad común.
4. El odio a todas las demás personas.

Es debido a la poderosa cooperación de estos factores que los judíos han seguido siendo judíos, aunque se han diversificado en varios países y han adoptado las costumbres de esos países según lo requerían los tiempos.

Su transformación en franceses, alemanes, polacos o americanos es meramente superficial y no afecta en lo más mínimo su naturaleza judía interior. Es más, esta asunción de diferentes nacionalidades no ha sido ni es para ellos más que una máscara con la que pueden infiltrarse aún más imperceptiblemente en el corral de las ovejas.No hace falta especificar con qué animal de la fábula tienen esta característica en común.

¡Una cosa o la otra! Que un hombre sea judío o alemán, francés, americano o ruso, etc. ¡Pero no! los judíos sostienen que pueden combinar ambas cualidades; y si bien hacen florecer su "verdadero" patriotismo francés, por ejemplo, ante el mundo con especial predilección, no tienen al mismo tiempo ningún escrúpulo en alardear abiertamente de su orgullo por su nacionalidad judía.

Crémieux y Armand Levy, dos celebridades israelitas de nuestro tiempo, han declarado sin reservas que son "judíos hasta la punta de los dedos" , y dado que queda poco espacio más allá de las puntas de los dedos, la nacionalidad francesa debe funcionar bastante mal en estos individuos.

LOS JUDÍOS EN LOS TIEMPOS

MODERNOS

A lo largo de todo el período de la Edad Media, los judíos habían ido poniendo silenciosamente piedra sobre piedra en la construcción de su futuro poder. Independientemente de los movimientos del resto del mundo, habían acumulado tesoros sobre tesoros en sus escondites, y habían dispuesto hábilmente el orden de la batalla de la usura de un extremo a otro de Europa, y de allí al Nuevo Mundo, esperando el momento cuando podrían salir de la oscuridad a la luz del día y ascender a la cima de su poder.

Por fin llegó el día tan esperado. En aquella mañana primaveral de libertad, cuando el viejo y podrido edificio del feudalismo se derrumbó con estrépito, y todas las anteriores instituciones políticas, civiles y eclesiásticas de Europa recibieron un shock del que nunca se recuperarían; cuando la marea creciente de las ideas modernas arrasó con todo lo que tenía a su paso y ahogó sin piedad todo objeto que se resistiera: el día de la Revolución Francesa. La hora de la liberación sonó también para los judíos, cuando, libres de sus cadenas, pudieron desplegar toda su plenitud. de su poder y emprender un camino que los llevaría, en poco tiempo, a la conquista del mundo.

El único obstáculo que hasta ahora había mantenido a raya a los judíos desapareció. Socavadas por las doctrinas de Voltaire y conquistadas por el poder del liberalismo, las limitaciones nacionales y religiosas de la Edad

Media se fueron desmoronando gradualmente y Europa, habiendo roto con el pasado, se entregó a una reconstrucción completa. Yendo de la mano de los librepensadores, los jacobinos, los carbonarios (en resumen, de los revolucionarios de todos los colores), los judíos emprendieron ahora la reconstrucción de Europa y se asociaron en todas partes con quienes gritaban: "¡Viva la tolerancia! ¡Viva la Fraternidad! ¡Abajo el rango! ¡Fuera los privilegios!" .

Pero si bien estos gritos significaban en boca de otras naciones una severa exigencia de medidas de progreso, reconocidas por ellas como justas y necesarias, para los judíos no eran más que un astuto truco de guerra para confundir a las filas de sus enemigos. ¿De qué otra manera podemos explicar el hecho de que estos mismos judíos no hayan considerado ni por un momento la idea de darle la espalda a su propia religión, tradiciones y principios?.

Con filas cerradas, los judíos atacaron ahora a sus enemigos y, habiéndolos vencido en todos los puntos, erigieron su propio estandarte sobre las ruinas de la antigua Europa. Desde entonces, vemos la bandera del judaísmo desplegada en cada atalaya de las potencias europeas y, de hecho, en todo el mundo, una bandera que lleva la inscripción: "¡Materialismo e intereses materiales!" Palabras significativas, las claves de la supremacía mundial judía.

Toda la conquista no les ha costado a los judíos ni un trago de pólvora. Aparte de lo que los logros de la revolución y del liberalismo han hecho caer en su regazo como manzanas maduras, deben su posición actual, en gran parte, a las intrigas sin principios, con las que han conseguido sacar a uno tras otro de sus enemigos de combate. De este modo han logrado, mediante tácticas inteligentes, asegurarse las ventajas de una posición central, desde la cual pueden volverse a su gusto unas veces hacia un lado y otras hacia el otro.

Al alternarse de esta manera, provocando revoluciones hoy y mañana, prestando su apoyo a la legitimidad, ayudando con una mano en la distribución de utopías derrocadoras de Estados, mientras con la otra restaurando monarquías y ayudando a fundar nuevas aristocracias, se confabulan para hacer ambas cosas. partes que les sean útiles y obtener inmensas ventajas de cualquier giro que tomen los asuntos. Porque todos sabemos que tanto los gobiernos como los partidos revolucionarios necesitan dinero, y los hombres que lo prestan son los judíos; por supuesto, no sin un porcentaje correspondiente, tanto en efectivo como en concesiones y privilegios.

CONQUISTAS FINANCIERAS

Hemos visto cómo las grandes revoluciones religiosas y políticas que han sacudido a toda la cristiandad y la han dividido en varios campos y partidos, han sido una bendición especial para los judíos, ya que les permitieron, en medio de toda esta confusión, dar un decidido paso adelante. en su labor de conquista, y obtener la hegemonía en las finanzas, en el Estado y en la sociedad. Esta conquista, subrayemos una vez más, no es en modo alguno imaginaria; es una conquista en el sentido más amplio de la palabra.Es más, los propios judíos, lejos de convertirlo en un secreto, lo confiesan y lo llaman "el problema principal y distintivo del judaísmo".

Ya en la Edad Media los judíos acumularon enormes riquezas y obtuvieron así cierta influencia. Pero fue necesaria la cooperación de otras causas para que su poder financiero alcanzara las maravillosas dimensiones actuales; y más aún, para apoderarse de la mayor parte de las diversas propiedades y riquezas nacionales que están en sus garras.

Entre estas causas quisiéramos enumerar, en primera instancia: la difusión de ideas cosmopolitas; el crecimiento de la igualdad en la moral y usos de las naciones europeas; la multiplicación de todos los medios de intercomunicación pública; y el incremento de las relaciones internacionales.

Este crecimiento de las relaciones entre los diversos miembros de las distintas naciones y entre los países más remotos, que comenzó a finales del siglo XVII y desde entonces ha aumentado constantemente, ha contribuido, en verdad, muy materialmente al maravilloso desarrollo del sistema financiero judío.

La causa de este fenómeno quizás se formule mejor diciendo que la influencia de ese poder financiero ha pasado de ser un poder local a ser un poder universal. Los judíos, que tenían en sus manos la situación financiera de cada país, estaban en mejores condiciones que otros pueblos de obtener ventajas del crecimiento general de la industria y de los inventos de los tiempos modernos. En la misma proporción en que las empresas financieras comenzaron a florecer y hacerse más universales, también se extendió la esfera de actividad judía.

Así como los átomos son atraídos hacia las grandes masas bajo la ley de la gravedad, así los capitales menores se dirigen hacia las inconmensurables riquezas de los judíos; y a medida que, bajo la misma ley, el movimiento de los cuerpos atraídos se acelera cada vez más en el tiempo, el poder de atracción del capital judío crece cada día más. Es más, el cinturón de hierro que ese capital ha atraído actualmente sobre la riqueza de las naciones, ya está tan estrechamente fijado e inquebrantable, que podemos decir, sin exagerar, que los judíos tienen incluso ahora en sus manos el poder financiero de un extremo del mundo al otro.

Es un hecho simple que hoy en día no se puede llevar a cabo ninguna operación financiera importante a menos que los judíos participen en ella y pongan las ganancias en sus bolsillos. De esta manera, los judíos en poco tiempo han llevado las cosas a tal punto que ahora son los más ricos y la más influyente clase de hombres, que han alcanzado una posición de vasto poder como no hemos encontrado en toda la historia.

Desde lo alto de su inmenso capital, cuyo peso amenaza con aplastar a todas las demás naciones, dominan todo el mundo de las finanzas y la industria. Las empresas más colosales y remuneradas de los tiempos modernos, dentro y fuera de Europa, son simplemente monopolios judíos; como, por ejemplo, el Ferrocarril del Sur de Austria, principal línea de

tráfico para Europa Central, las minas del Brasil, el Ferrocarril Union Pacific en los Estados Unidos, bajo el control de Jay Gould, etc., etc.

Pero vamos más allá y nos aventuramos a afirmar, como podemos hacerlo sin gran exageración, que no hay un solo hombre entre nosotros que no sea de alguna manera tributario del poder judío. Todos, sin excepción, pagamos nuestro tributo a los judíos, ya sea por nuestros alquileres, nuestras casas, el pan que comemos o la ropa que vestimos. Se pueden contar con los dedos incluso los reyes y los nobles, que no son deudores de los judíos y, por tanto, moral y de hecho están sujetos a ellos.

El poder financiero judío se parece así, en cierto modo, a un diablillo que, sin ser visible, mete los dedos en los bolsillos de todos. Como Care, en el Fausto de Goethe, sabe entrar por el ojo de la cerradura, estar presente en todas partes y, sin embargo, esconderse de los ojos de todos. Parece tener especial experiencia en el papel de seductor. De hecho, tenemos la noción de que una vez le robó ese papel al mismo padre del pecado; porque es en las palabras de Satanás que nos habla:

"Adórame y te conduciré a la felicidad" .

LA DINASTÍA ROTHSCHILD

De la mano del maravilloso ascenso del poder financiero judío en general, o más bien como condición necesaria y base inevitable del mismo, encontramos un raro progreso individual entre los miembros individuales del pueblo judío. Los pequeños usureros medievales se han convertido en todas partes en banqueros modernos o corredores de bolsa. Aquellos judíos errantes de antaño se han convertido en astutos especuladores, y los vendedores de ropa vieja y vendedores ambulantes han abierto elegantes almacenes y naves industriales.

Pero durante un tiempo todavía faltaba la corona del edificio; es decir, la encarnación del principio motor en un poder concreto y tangible, que es innato en toda empresa humana; porque, así como el gobierno eclesiástico o militar se incorpora en última instancia a un Papa o a un Emperador, la supremacía monetaria judía debe necesariamente inducir la formación de una dinastía, que deriva su origen y su justificación permanente del Principio de los Intereses Materiales.

Esta coronación del edificio no tardó en completarse. Los hechos son estos: al final de las guerras napoleónicas, un judío de Frankfort, llamado Rothschild, ascendió -más por la fuerza de las circunstancias que como consecuencia de sus propios esfuerzos- a la alta y poderosa posición de un visible jefe de la supremacía judía.

Todos los judíos se postraron ante este nuevo gobernante; y hazlo así desde que ha sido reconocido su gobierno, de un extremo al otro del mundo. Como rey de las finanzas, Rothschild controla las masas móviles de la capital judía, tan completamente como el emperador alemán o ruso controla las masas móviles de sus ejércitos.

El poder de este "gobernante autoconstituido de todos los judíos" no debe calcularse, sin embargo, por los miles de millones que puede llamar suyos directamente, sino por esa masa mucho mayor y fabulosa de oro, cuya circulación depende de las órdenes emitidas por su gabinete. Cada millonario judío que realiza operaciones financieras en París, Viena, Berlín o en los Estados Unidos es, por así decirlo, un teniente general de Rothschild; gobernando siempre su acción por las indicaciones de ese barómetro financiero.

La riqueza de los Rothschild es algo fabuloso. Anselm Rothschild, fallecido recientemente en Viena, ha dejado una fortuna de mil millones de francos. Según esta declaración, la riqueza de las tres ramas de la familia puede estimarse en unos tres mil millones de dólares. Ésta es casi la cantidad que el gobierno francés tuvo dificultades para recaudar para la indemnización de guerra. ¡Una familia es, por tanto, tan rica como toda una nación!.

Cuando uno reflexiona que esta inmensa riqueza es fruto del trabajo de millones de desafortunados, ¡podría dudar de su cordura! ¡Mientras exista el mundo, nunca antes se había conocido un estado de cosas tan antinatural!

El jefe de la familia Rothschild es, por tanto, un potentado, un gobernante en el pleno significado de la palabra; ¡Y sus súbditos son los millones de seres humanos, que trabajan incesantemente para sostener su poder y su esplendor!

Los Rothschild poseen una docena de castillos, verdaderas residencias reales, situadas en los países más magníficos y cultos. Allí estos gobernantes despliegan un magnífico esplendor y reciben las adulaciones de los magnates de esta tierra, sin excluir a emperadores y reyes, y sin embargo el jefe de la familia Rothschild valora poco que se le

llame rey.

Su majestad judía está evidentemente contenta con ser un rey, y disfrutando del poder que le procuran sus inmensas riquezas. Pero en todos los demás aspectos, Rothschild juega literalmente el papel de gobernante y no descuida los deberes que esta dignidad real le impone.

Es él quien representa al pueblo judío con esplendor, como otros gobernantes representan el poder de sus respectivas naciones. El gobernante judío, por ejemplo, nunca rehuye participar en todas las suscripciones a las que la moda o la información han concedido cierta importancia. Rothschild también se preocupa siempre, cuando visita cualquier localidad, de dejar un recuerdo de su presencia, ya sea mediante la fundación de alguna institución filantrópica o mediante una donación principesca.

Además de esto, los Rothschild, como cabeza visible de la nacionalidad judía, se han propuesto en los últimos tiempos colocar la piedra angular siempre que se vaya a erigir alguna institución benévola, dedicada exclusivamente a los judíos. Cualquier cosa que hagan los demás gobernantes, el Rey de los judíos también debe hacerlo, por supuesto.

El poder de este autócrata judío es tan inconmensurable e ilimitado que eclipsa con creces el poder de todos los demás reyes y emperadores. Cuando, hace apenas unos años, dos grandes imperios, Francia y Prusia, llevaron a cabo una guerra sangrienta, cada país desplegó muchos cientos de miles de soldados; Sin embargo, era necesario llamar a un tercer potentado para establecer la tranquilidad en Europa.

Este potentado se llamaba Rothschild, ese rey "Por la gracia de Dios", cuya firma era indispensable para la conclusión definitiva del Tratado de Versalles. Su poder en Estados Unidos es bien conocido y sentido. Se afirma de buena fuente que la desmonetización del dólar de plata

estadounidense en 1873 fue lograda por un agente de los Rothschild y sus cómplices, llamado Earnest Seagel, que fue a Washington con ese propósito, y se cree por medios corruptos, lograron efectuar el cambio. El asunto se hizo con tanta habilidad que pasó algún tiempo antes de que el cambio fuera conocido en general.

En relación con lo anterior podemos afirmar, que por los incansables esfuerzos del Excmo. Richard P. Bland, miembro del Congreso de Missouri, y sus compañeros de trabajo en ambas ramas del Congreso, el dólar de plata estadounidense volvió a ser moneda de curso legal y, contrariamente a las profecías de aquellos que eran enemigos de la restauración del dinero bimetálico y que habían predicho resultados terribles de su realización, no se observó ningún cambio en la negocios generales del país, aparte de que la prima del oro disminuyó inmediatamente y el poder adquisitivo de la plata aumentó, igualándose así los dos metales.

CONQUISTAS SOCIALES

Los beneficios obtenidos por los judíos en el mundo financiero necesariamente pusieron en sus manos los medios para mejorar su condición también en el plano social y político. Reconociendo muy bien las inmensas ventajas de tal progreso, nunca las perdieron de vista; y, por lo tanto, habiendo salido arrastrándose de sus escondites y barrios judíos, se esforzaron por convertir sus relaciones comerciales con los nativos en intercambio social, hasta que finalmente se les abrieron las puertas de toda la sociedad cristiana y lograron logrando entrar en las mismas familias, con las que hasta entonces les había estado prohibida la relación sexual.

Pero aunque gradualmente se convirtieron en conocidos, luego de conocidos en amigos y de amigos en conciudadanos, interiormente seguían siendo los mismos judíos que siempre habían sido.

Cuando se hubieron acurrucado cómodamente en el seno de las diferentes naciones del mundo, anhelaron también el monopolio de las artes y las ciencias liberales, que sólo están abiertas a las capas superiores de la sociedad, sabiendo bien que podían adquirir honor, consideración. y el poder político sólo por esos medios, se dedicaron a la literatura, la medicina y la educación pública, e inundaron las profesiones del derecho y el periodismo.

A este último ámbito se han dedicado siempre con especial predilección, porque conocen mejor que otras personas, de las raras ventajas que se derivan de una herramienta rodante y de fácil manejo, mediante la cual se puede hacer creer al mundo cualquier cosa. Estos redactores de periódicos judíos forman en cada Estado una combinación estrechamente

unida y todopoderosa, compuesta de mentes tan inteligentes y trabajadoras como inescrupulosas, y que, en cierto modo, se han apropiado del derecho de intervención en todos los asuntos exteriores, para tributar la credulidad del público.

Es muy evidente que una combinación, teniendo a su disposición tales medios, mucho más poderosos que la Iglesia o el Estado feudal, está en posesión de un poder vasto y terrible, en manos del cual no somos más que esclavos abyectos.

CONQUISTAS POLÍTICAS

La posición que los judíos habían alcanzado dentro del mundo social cristiano constituyó la llave que pronto les abriría las puertas de la igualdad política. Una vez derrocada la antigua sociedad, con sus restricciones y limitaciones, ya no se interpusieron más dificultades en su camino.

Yendo de la mano de los defensores de la libertad y la igualdad, habían ayudado a este derrocamiento; y así, esos defensores, dueños ya de las situaciones, no podían negarles un contraservicio. De conformidad con su programa, que prometía igualdad sobre los principios más amplios, estaban obligados a vencer toda repugnancia interior y declarar que los judíos eran en todos los aspectos sus conciudadanos de pura sangre.

Estos legisladores renovadores dijeron, por tanto, abiertamente que los judíos eran hombres como todos los demás hombres; y merecía tener los mismos derechos universales de los hombres. Cegados por la apariencia humana y existente de sus teorías, estos hombres fueron incapaces de percibir el peligro que los amenazaba por parte de individuos que, bajo el pretexto de la solidaridad nacional, siempre habían tenido en vista sólo el objetivo de una gran sociedad mundial cosmopolita gobernante. ¿Quién, en verdad, podría haber previsto en ese momento que los mismos judíos, con quienes se estableció compañerismo político, harían la vida tan amarga a las generaciones posteriores?

Se debería haber considerado que, por justa e inofensiva que sea la investidura de la igualdad para los individuos, como tal, puede volverse más peligrosa y generalmente productora de maldad, cuando se le confiere a una raza extranjera entera, dispersa por todos los países del

mundo.

Las consecuencias de la emancipación judía no tardaron en manifestarse. Como seguir de cerca el camino seguido por los judíos en su conquista política nos llevaría demasiado lejos, debemos contentarnos con mostrar al menos hasta dónde han avanzado hasta hoy y qué posición ocupan ahora en la política.

Para comenzar con la diplomacia, observamos el hecho de que este campo está invadido por judíos. La misma suerte corren las asambleas legislativas de Inglaterra, Francia y Austria; cuyos miembros más influyentes pertenecen a la raza judía. Los ministros y consejeros de Estados Unidos tampoco son una rareza.

Tomemos, por ejemplo, a Disraeli, ahora Lord Beaconsfield, líder de los conservadores en el Parlamento inglés, de quien Daniel O'Connell ha dicho en uno de sus discursos, "que si se pudiera rastrear su genealogía, sin duda lo encontraríamos ser el verdadero heredero del ladrón impenitente en la cruz" .

Luego está Goshen, recientemente Primer Lord del Almirantazgo británico; y entre la nobleza inglesa encontramos judíos como Sir Nathaniel Mayer de Rothschild Bart, Sir Moses Montefeore Bart, Sir Francis H. Goldsmith Bart, también Sir David Louis Salamons Bart, Benjamin Samuel Phillips Knight, Sir Albert David Sasson Knight, Sir Julius Vogel Agente general de Nueva Zelanda, Sir Borrow Herbert Ellis, el barón de Worms, el barón de Stern, el barón Albert Grant y muchos otros, demasiado numerosos para mencionarlos.

Luego está el ruidoso Lasker en la Asamblea General prusiana, el elástico Arnim: todos son judíos. Gambetta y Castelar, estos dos educadores de Francia y España son de origen judío; y ambos, "Rábagas"intenta jugar el rol de salvadores de la humanidad.

Si consideramos además que en todos estos países los judíos constituyen sólo una pequeña fracción de la población, debemos admitir que esta pequeña minoría ya ha recibido demasiadas ventajas frente a la mayoría del pueblo. Para lograr este avance cada vez mayor en el campo de la política, los judíos hacen uso de un peculiar y astuto sistema táctico, cuyos principios fundamentales podemos resumir de la siguiente manera:

1. Se esfuerzan por concentrar su influencia dispersa por todo el mundo, en un momento dado, en el punto a conquistar, de la manera más eficaz, a fin de suprimir todas las tendencias de oposición local.

2. Siempre se esfuerzan por sacar provecho de nuestra desunión. Con este fin, ponen el poder de su capital y su influencia a disposición ahora de ésta y ahora de la otra parte, mientras se preocupan al mismo tiempo de tener representantes en cada partido. Gracias a esta política, los judíos están siempre disponibles para aprovechar cada victoria del partido.

Esta distribución del poder es como una buena mano de cartas, en la que los cuatro colores están representados, de modo que algunos puntos siempre están seguros, sin importar qué color resulte triunfante.

Así, por ejemplo, vemos en Francia judíos imperialistas, republicanos e incluso socialistas. Si el imperialismo gana, los señores Fould, Pereire & Co. están ahí para representar los intereses judíos. Si, por el contrario, la República, o incluso la Comuna, tienen posibilidades de salir victoriosa, ahí está el señor Crémieux o el ciudadano Karl Marx para adoptar el color de triunfo, por así decirlo, de la mano de cartas judía.

Con la ayuda de este ingenioso truco, los judíos preservan su prestigio independientemente de todos los cambios de gobierno y se acercan cada vez más a su objetivo, la conquista del mundo, sin importar cómo cambien las circunstancias. Han descubierto el secreto de ganar con

todos los partidos y perder con ninguno. Este juego, que los judíos juegan tan hábilmente con todas las naciones, también lo juegan a mayor escala en la política internacional, en la Mesa Verde de la Diplomacia.

Aquí las diferentes naciones les sirven al mismo propósito que en el caso anterior los diferentes partidos de una nación; siendo ese poder para ellos por el momento el color de la baza, que resulta ser el director del concierto europeo. Ilustremos esto con un ejemplo:

Mientras Francia e Inglaterra fueron todopoderosas, el judaísmo buscó apoyo en su marcha de progreso gracias a su influencia; utilizando el inglés y el francés como triunfos, por así decirlo. Todos los agentes y emisarios que en aquel momento dirigían el movimiento agresivo judío en Turquía, Rusia y Rumania eran judíos ingleses o franceses. Pero en el momento en que se dio vuelta a la página y esas dos grandes potencias se vieron obligadas a ceder la precedencia a otras, los colores del triunfo judío cambiaron y los agentes israelitas se convirtieron repentinamente en estadounidenses o prusianos de pura raza.

Ahora bien, si recordamos que el ascenso de las potencias estadounidense y prusiana se produjo apenas en estos últimos años, se explica fácilmente por qué los judíos deberían haber dado vueltas desde 1867; abandonando la Tricolor así como la Cruz de San Jorge, y buscando mientras tanto su salvación en los pliegues del Estandarte Estrellado, o bajo las alas del Águila de una sola cabeza.

En el conflicto financiero que estalló hace algunos años entre rumanos y judíos, estos últimos también actuaron estrictamente de acuerdo con la política que acabamos de señalar; colocar al Dr. Strousberg, un judío prusiano, como Generalísimo a la cabeza; inducir el nombramiento del señor Peixotto, un judío americano, como cónsul de los Estados Unidos; y finalmente ordenó a otro judío prusiano, un tal Dr. Von Levi, que fuera a los principados del Danubio y a Servia, para mantener allí la influencia

judía, mediante todo tipo de intrigas.

Benjamin F. Peixotto, del Estado de California, representa ahora a los Estados Unidos como Cónsul en Lyon, Francia. Ernest L. Oppenheimer, del Estado de Nueva York, representa a la Gran República en el mismo cargo en Gotemburgo.

Henry S. Lasar, ciudadano de St. Louis, Missouri, ha sido designado por el Presidente como agente consular en Harburg, Alemania. Otro partido, David Eckstein, ha sido nominado, pero su caso no ha sido aprobado por el Senado de Estados Unidos.

Los que aparecen arriba son judíos estadounidenses, y sin duda seguirán más nombramientos del mismo carácter. Podemos señalar aquí, de paso, que los judíos prusianos eran un artículo bastante escaso antes de Sadowa, pero desde la victoria de Sedan sería muy difícil asustar a un judío que no siempre llevaba una fotografía de Bismarck en el bolsillo; porque el servilismo es también uno de los rasgos nobles del pueblo judío. Y, en efecto, no hay razón para que la gente no se las arregle para unir ambas cosas: arrodillarse con admiración y temor ante los fuertes y, al mismo tiempo, maltratar y estafar a los débiles sin escrúpulos.

Cualquiera que sea la objeción que se pueda plantear a esta política maleable y al mismo tiempo inescrupulosa, desde el punto de vista moral, una cosa es cierta: es práctica; y esto es suficiente para los judíos. Es debido a esta política que los judíos ganan terreno diariamente en todos los puntos de Europa, Asia y América, y ocupan ya entre las diversas naciones del mundo una posición central desde la cual pueden gobernar cómodamente y controlar, más aún, oprimir bajo el peso de sus riquezas y su influencia política, a todos los demás pueblos.

Echemos un vistazo primero a Francia e Italia, y veremos cómo en ambos países el judaísmo lleva la cabeza en alto, consciente de su carácter

indispensable; porque ambos países son tributarios de él; a ambos países les ha adelantado dinero; al primero para el pago de su indemnización de guerra, y al segundo para la consecución de su independencia.

A Austria no le va mucho mejor. Allí el judaísmo domina la política y eclipsa la influencia de la nobleza y de los grandes terratenientes. En Alemania, intenta al menos mantener a raya el militarismo y las ideas pangermánicas, con la ayuda de su poder financiero. En Rusia y en los países de religión ortodoxa, el poder judío sólo tiene que superar los prejuicios nacionales y religiosos aún existentes para ser también allí dueño de la situación.

Pero es en Rusia donde el judaísmo ha logrado desde hace algún tiempo los progresos más atroces. Antes de la guerra de Crimea y de la emancipación de los siervos, la población judía se limitaba al Reino de Polonia y a la región situada entre la frontera entre Austria y Rusia y el Dnieper. Las grandes ciudades de ese distrito todavía estaban en ese momento a salvo de la invasión de los judíos; ya que bajo las leyes entonces existentes a los israelitas se les prohibía establecerse, o incluso establecer su morada por cualquier período de tiempo en ellos.

Actualmente todos estos controles han sido superados. Las hordas judías cruzaron el Dnieper y penetraron en los gobiernos de Kherson, Poltava, Kharkiv, Taganrog, etc. De las dos capitales rusas, Petersburgo fue la primera en permitir la invasión de estas langostas financieras. Moscú, la ciudad santa, todavía ofrece resistencia; pero ya está rodeada por una banda de judíos, que se mantienen ocultos en los suburbios y avanzan gradualmente en sus ataques contra las riquezas generales.

Sin embargo, las cosas ya han llegado a tal punto en la mayor parte de Rusia, que es imposible llevar a cabo cualquier tipo de negocio sin la intervención judía. Tales son los resultados y consecuencias del actual liberalismo gobernante. Después de una experiencia tan triste, no queda

más remedio que volver a las medidas que se utilizaban en tiempos del zar Nicolás. Si nos oponemos a esta alternativa, el triunfo de los judíos es inevitable; y el triunfo de los judíos significa la ruina de todas las demás razas.

Los judíos cuentan ahora en Rusia con casi cuatro millones de almas; ningún otro país del mundo tiene tantos. Sin embargo, los judíos odian a los rusos porque hasta ahora no han logrado obtener en su país una influencia tan poderosa como se ha demostrado que poseen en Inglaterra; y por lo tanto, el siguiente cablegrama, recibido en los Estados Unidos el 29 de marzo de 1878, desde el extranjero, se explicará por sí solo. Aquí lo tienes:

Los problemas pecuniarios de Rusia aumentan cada día. Se dice que todos los banqueros hebreos en Londres y en el continente han acordado no sólo negarse a prestar dinero a Rusia, sino también impedir el éxito de cualquier préstamo que ella pueda poner en el mercado. ¡Inglaterra, por el contrario, puede disponer de suministros prácticamente infinitos de los nervios de la guerra!

Una posición muy peculiar es la que ocupa el judaísmo en Inglaterra. Allí también es todopoderoso; pero su gobierno no se basa en conquistas unilaterales, sino que es más bien consecuencia de concesiones mutuas. Se había llegado a una especie de entendimiento amistoso basado en intereses comunes entre estas dos potencias comerciales, en virtud del cual el Imperio Británico presta su influencia política y ayuda material al judaísmo, mientras que este último pone su influencia financiera a disposición de Inglaterra y apoya Comercio británico.

Tanto los ingleses como los judíos obtienen ventajas de este entendimiento tácito; el primero, ya que les permite hacer uso del inmenso capital judío para disponer de sus artículos de comercio por medio de intermediarios judíos, y emplear a los judíos en caso de

necesidad como espías y cómplices. Estas ventajas explican las extravagantes expresiones de simpatía que el clero y la prensa de Inglaterra prodigan a los "pobres judíos perseguidos".

Los judíos, por su parte, obtienen de este acuerdo la innegable ventaja de estar conectados con una potencia que les produce artículos de comercio y les brinda una protección generalmente exitosa. Así, ingleses y judíos van de la mano y se apoyan mutuamente en todas partes. Nada, tal vez, pueda ilustrar mejor la relación existente entre estos dos partidos que un símil que nos sorprende. El judío es para el inglés lo que el perro de caza es para el cazador. Cada vez que el inglés levanta su arma de dos cañones (industria y comercio), el judío es utilizado como el perro de caza, que debe atrapar la presa y llevársela a su amo.

Ahora bien, es cierto que el judío es un animal feroz, pues nunca lleva la caza a su amo sin antes haberle dado un mordisco. ¿Pero qué hacer? Sin este sabueso comercial, la caza es imposible. Por tanto, el inglés debe contentarse con lo que el otro le aporta.

Sin los judíos, la mitad de la producción de las fábricas inglesas se pudriría en los muelles y almacenes. Francia juega al mismo juego, y con el mismo objetivo, de conseguir consumidores para sus producciones. Por lo tanto, los tres aliados se han propuesto proporcionar a la humanidad todo lo que haga la vida agradable y cómoda. Los ingleses y los franceses se han comprometido a fabricar todo lo necesario para ese fin, mientras que los judíos actúan como agentes y intermediarios.

Esta unión industrial y comercial forma así una estructura bien y sabiamente dispuesta, que está enlucida por egoísmo con tanta fuerza que lo vuelve casi indestructible. En todas partes los aliados se apoyan y van de la mano; y es gracias a esta cooperación unida que Occidente se las ha ingeniado para hacer que todos los demás países sean tributarios de sí mismo.

Otro resultado de esta unión es que los judíos, que no poseen ni país ni habitaciones fijas, han hecho de París, Londres, Nueva York y San Francisco las sedes en las que el poder y la influencia judíos tienen su apoyo; Londres y París son especialmente los puntos centrales comerciales y financieros, donde se unen todos los hilos del saqueo judío. Porque estos son los lugares que atienden todos los anhelos de Israel, y donde sus hijos bailan, del brazo de los nativos, alrededor del becerro de oro.

En todos los demás países, en Alemania, en Rusia y en Oriente, los judíos sólo forman hordas, listas para la batalla; o sanguijuelas, destinadas y anhelantes a absorber la riqueza del pueblo y establecer conexiones con esas dos cuencas centrales de las finanzas. En Estados Unidos, finalmente los judíos despliegan casi tanto poder como en el Viejo Mundo. Por sus manos pasan aquí y allá todos los hilos del comercio mayorista y minorista. En cuanto a su actividad política, es bastante igual a la de los judíos europeos.

Como prueba de esta última afirmación, basta recordar el hecho de que un judío llamado August Belmont, un agente de Rothschild y representado como un hijo ilegítimo de su dinastía—ha sido durante varios años el presidente del Comité Nacional de un partido político y, gracias a su astuta gestión, siempre ha logrado llevar a ese partido a la derrota.

Es susceptible de prueba, que la política financiera de la parte contraria, fue aquella bajo la cual su negocio fue más próspero. ¿Por qué entonces debería desear un cambio?

De nuevo, hace unos años, uno de los descendientes de la dinastía Rothschild visitó los Estados Unidos, aparentemente en beneficio de su salud, pero en realidad para revisar sus posesiones señoriales. Viajando

de Nueva York a San Francisco, a su regreso al este, se detuvo en la capital, con el fin de recibir la adulación del entonces Secretario del Tesoro, y con el fin adicional de instruir al Secretario del Tesoro sobre qué medidas adicionales legislación que consideró necesaria en referencia a la política financiera de la Gran República. Tan pronto como este Rothschild llegó a la ciudad de Washington, el Secretario del Tesoro lo visitó, recibió las instrucciones del monarca del dinero y posteriormente las hizo cumplir al pie de la letra.

LA PRENSA JUDÍA

En el año 1840 se convocó un concilio israelita en Cracovia. Se trataba de una especie de concilio ecuménico, en el que los hombres más destacados del "pueblo elegido" se sentaban a consulta. El objeto de su reunión fue descubrir los medios adecuados para asegurar triunfos al judaísmo en su extensión desde el Polo Norte al Polo Sur.

Como vemos, el programa presentado por estos señores era muy modesto. Los temas tratados en esta asamblea fueron de muy variado carácter. Algunos pertenecían al campo de la teología, otros involucraban cuestiones de economía política, mientras que también había algunos que pertenecían a la política pura y simple.

Se produjo un animado debate, en medio del cual de pronto se hizo oír una voz clara, que involuntariamente impuso el silencio. Era la voz de una autoridad reconocida, de un hombre de mentalidad predominante, cuyo nombre lamentablemente desconocemos. "¿De qué estás hablando?" les dijo a sus colegas en la reunión.

"¡Mientras no tengamos la prensa en nuestras manos, todo lo que decís es inútil! En vano organizan sociedades, préstamos, quiebras y cosas por el estilo; Mientras no tengamos en nuestras manos la prensa para ensordecer y engañar al mundo no lograremos nada y nuestro gobierno sigue siendo un fantasma de nuestro cerebro" .

Estas palabras produjeron un poderoso efecto en las mentes de la asamblea. Los oyentes reconocieron que había hablado un oráculo, que una nueva luz había brillado en sus mentes para dar una dirección fija a sus esfuerzos. De aquel tiempo podemos fechar el comienzo de esa obra

del diablo, que tiene por objeto convertir la prensa en una máquina de guerra, una especie de artillería cuyo fuego puede dirigirse contra cualquier clase de obstáculo que se le presente a la conquista financiera y política de los judíos.

El plan inventado y adoptado por los conspiradores para controlar la prensa consiste en lo siguiente: La prensa de todos los países, sin distinción, ha sido dividida por los judíos en tres clases, a saber;

1. Primera clase: Diarios a sueldo de los judíos.
2. Segunda clase: Revistas que lleven la enseña de alguna nacionalidad determinada.
3. Tercera clase: Diarios con el estandarte judío.

La primera clase se compone de todas aquellas revistas que son sostenidas por los judíos, ya sea mediante suscripción o mediante acciones compradas intencionalmente por los judíos. Tales son: *The London Times, Les Debats, l´Independance Belge, La Revue des deux Mondes, New York Tribune, etc.*

Sin duda, no existe ningún contrato, ningún acuerdo entre los editores de estas revistas y los judíos; esto último depende por completo de esa parcialidad y simpatía que todo editor debe sentir hacia aquellos hombres que siempre están disponibles para renovar puntualmente sus suscripciones al vencimiento de cada trimestre. Por supuesto, hay que tener ciertos respetos hacia esos suscriptores, y aún más hacia los accionistas; e incluso si un editor dudara en luchar públicamente por ellos, al menos debe evitar todo lo que pueda resultarles desagradable o exponerlos a cualquier peligro en las columnas de su revista. Pero esto es suficiente para los judíos; y tienen razón; porque, después de todo, no es poca cosa haber escrito revistas de tanta influencia como *Times, Debats, New York Tribune, etc.*

La segunda clase consiste, como antes se dijo, en aquellas revistas que enarbolan la bandera de una nacionalidad específica, siendo, de hecho, órganos judíos. Estos diarios son verdaderos lobos con piel de oveja; porque aunque se presentan como revistas inglesas, francesas, norteamericanas o alemanas, no por eso son menos judías, o mejor dicho, archijudías.

Ahora bien, estas revistas cumplen un propósito excelente, bajo su máscara, al efectuar cambios en la opinión pública; ya que sus lectores rara vez se dan cuenta de que los artículos que aparecen en ellos ocultan judíos disfrazados de franceses o ingleses. El público cree que estos periódicos reflejan la tendencia de opinión en tal o cual país; y, sin embargo, sólo reflejan el reflejo del diablo judío, que intenta desviarnos a su antojo y hechizarnos con las doctrinas y sofismas de la escuela moderna.

En casi todos los países de Europa encontramos un órgano de este tipo. En Inglaterra, por ejemplo, este órgano es el Daily Telegraph, que tiene una tirada de 100.000 ejemplares diarios y cuyo propietario exclusivo es un judío.

El London Telegraph fue comprado bajo ejecución hipotecaria de una hipoteca de bienes muebles hace algunos años por el judío Levy, por 20.000 dólares.

Dos de los Levy han cambiado su nombre por el de Lawson, y los nombres del señor y la señora Lawson aparecen en la lista de invitados al último baile del Príncipe de Gales. El editor jefe, Edward Lawson, es miembro del Parlamento y espera ser nombrado baronet. Francia se alegra de dos revistas de este tipo *La Patrie* y el *Paris Journal*, ambos propiedad de un judío, el barón Soubeyrand.

Viena tiene *Neue Presse*, e Italia tiene el *La Perseveranca*, ambas son revistas judías. En Alemania también se pueden encontrar muchas revistas de este tipo, entre otras, mencionemos el *Frankfurter Zeitung.*

La tercera generación de revistas judías iza con orgullo la bandera judía. Estas revistas se muestran sin máscara alguna, como lo demuestran sus propios nombres: *Das Judenthuin, Israelit, Israelitische Bibliothek; Jewish Chronicle, Baltimore; Jewish Messenger, New Jersey; American Israelite, Cincinnati; Jewish Record, Philadelphia; San Francisco Hebrew; Occident, Chicago; Independent Hebrew, New Jersey; Jewish Gazette, etc.*

La circulación de estos y muchas otras publicaciones periódicas, se extiende entre la comunidad judía de todo el mundo. El papel asignado a esta Prensa es liderar a Israel en su movimiento agresivo contra las riquezas de los paganos o no judíos. La prensa lanza el grito de guerra y dirige y conduce a los judíos hacia adelante. Sin estas revistas, el movimiento judío no formaría un todo y su actividad necesariamente carecería de fuerza interna.

Esta exposición del modo en que los judíos utilizan la prensa, revela ante nuestros ojos la existencia de un poder secreto, pero temible. En verdad, los cientos de revistas que obedecen las órdenes de los judíos forman una batería espantosa contra la cual parece casi imposible luchar. Contra los pocos periódicos que la víctima puede publicar para defender su causa, los judíos siempre tienen preparada una lluvia de balas de burla y calumnia, vomitada por las bocas mentirosas de cientos de periódicos.

Cuando en 1868 los judíos entraron en conflicto con Rumania, los rumanos tuvieron grandes dificultades para encontrar dos o tres revistas dispuestas a emprender la defensa de su causa contra la opinión pública. Pero los judíos inmediatamente pusieron en movimiento contra ellos una masa tan abrumadora de periódicos, que los desdichados rumanos se

vieron excomulgados por todo el mundo civilizado como fanáticos.

Toda persona que no se deja saquear por los judíos es un reaccionario; y si toma en su mano una piel de vaca, es bárbaro. Podemos agregar, para concluir, que la presión que el judaísmo ejerce sobre el periodismo no se limita a los trucos y artificios mencionados. Avanzando de un éxito a otro, ahora extienden sus manos para agarrar todos los diarios que están a su alcance; y, a decir verdad, tienen éxito, ya sea que hagan el papel de editores, de corresponsales o de vendedores ambulantes de novelas.

Incluso el comercio de libros ha pasado a manos de los judíos; En todas partes los encontramos como libreros y editores. Sólo ellos pueden traernos la iluminación, pero cuando seamos tan iluminados, seremos sus esclavos tanto en el sentido moral como en el material.

LA ASOCIACIÓN ISRAELITA

UNIVERSAL

Como consecuencia del inmenso ascenso y la expansión universal del poder judío en este siglo, los judíos han tomado conciencia de la necesidad de una administración central organizada, mediante la cual el movimiento judío pueda llevarse a cabo con un espíritu más unido y con poder redoblado.

Para llenar esta carencia en el sistema, hace unos treinta años se formó en París una "Asociación Israelita Universal", a la que se unieron los judíos más prominentes de todos los países. Es cierto que, según su programa oficial, esta asociación es una institución puramente filantrópica, cuyo objetivo principal es difundir los beneficios de la civilización; pero estas bellas palabras no impiden al mismo tiempo hacer política en secreto.

Así, por ejemplo, está a disposición de esta asociación un gran cuerpo de oficiales, compuesto por redactores de periódicos, agentes secretos, espías, correos, etc., todos hombres de altas dotes intelectuales, que hablan todos los idiomas y conocen todos los países del mundo.

Probablemente ningún gobierno esté tan bien informado y servido tan fielmente como esta asociación judía; porque sus numerosos servidores combinan con su devoción y la reticencia, la ventaja, de que todos ellos juntos representan todas las nacionalidades del mundo; En verdad, una especie rara de camaleones humanos, con tantos colores en sus escamas

como en sus principios.

Esta asociación universal se alegra de tener un organismo de administración excelentemente regulado. Tiene oficinas encargadas únicamente de su correspondencia cosmopolita, que se extiende desde Kamchatka hasta San Francisco; y también tiene oficinas cuya misión es instruir a los órganos de la prensa judía y a la prensa subvencionada, para que en cualquier momento puedan desatar sus baterías polémicas dondequiera que se interponga de manera prominente en el camino algún obstáculo contra la columna de ataque judía.

Es esta misma asociación israelita, en cuyo seno se resuelven las reglas secretas de administración, la que se hace necesaria dondequiera que, como siempre sucede, se producen conflictos entre los judíos y las naciones que se les oponen. Sir Moses Montefiori y Cremieux, dos miembros destacados de esta asociación, han intercambiado repetidamente, en su nombre, comunicaciones con el Emperador de Rusia, la Puerta (Imperio Otomano), el Virrey de Egipto, el Emperador de Marruecos, el Príncipe de Rumania, etc.

En el año 1867, esta asociación israelita libró una guerra de dinero y papel contra los principados del Danubio y, para poder darse aires de gran potencia, concedió a los príncipes gobernantes de Rumania un armisticio de tres meses en el precisamente en el momento en que las hostilidades estaban en pleno progreso. Hace poco tiempo que esta misma asociación emprendió una cruzada en Inglaterra, Francia y América, cuyo único objetivo era someter a Rumania a su voluntad.

Pero todos estos hechos quedan muy ensombrecidos por la situación financiera con la que hace unos años el judaísmo y su rey, Rothschild, asombraron al mundo entero. Cuando este autogobernante judío y sus aliados políticos arruinaron el préstamo francés por la fabulosa suma de cuarenta y dos mil millones, con ello arrojaron el guante a la ansia de

conquista Alemania, como si dijeran:

¡Cuídate, Bismarck! ¡Ni un paso más! ¡Porque estamos dispuestos a sacrificar cuarenta y dos mil millones para derrocar tus planes!

Este antagonismo entre el poder monetario judío y el régimen militar alemán es, sin embargo, algo bastante natural. Ambos partidos desean gobernar; pero cada uno desea construir su gobierno sobre un principio diferente; el primero sobre el principio de los intereses materiales, el segundo sobre el de la supremacía armada.

Ahora bien, como ambos principios se excluyen mutuamente y han sido tan opuestos desde el principio, se deduce que, tarde o temprano, debe sobrevenir una ruptura entre esas dos partes.

OBSERVACIONES FINALES

Hemos llegado ahora a la conclusión de nuestro ensayo. Creemos que el objetivo que teníamos a la vista, dar a nuestros lectores una imagen de la situación actual del poder del judaísmo moderno, se ha logrado bien.

Hemos demostrado que no es exagerado decir que los judíos hoy pisotean el poder de todas las cabezas coronadas y naciones del mundo. De hecho, la conquista del mundo por los judíos es, por tanto, un hecho fijo que no debe ser discutido. Lo que ha ayudado materialmente a los judíos en esta conquista del mundo es la perniciosa costumbre, tan frecuente últimamente, de emitir bonos, no sólo por parte de las naciones, sino también de los municipios, etc., hipotecando así la riqueza de las comunidades. , así como naciones, en todo el mundo, y que también ha contribuido materialmente a producir el actual estancamiento empresarial en todas partes.

Porque el interés que devengan estos bonos continúa continuamente, tanto de día como de noche, sin interrupción. Su curso barre como un tornado los hermosos campos, destruyendo todo a su paso; o como las tormentas venenosas del Sahara, que traen muerte y desolación dondequiera que toquen. Es este poder secreto del interés acumulativo el que ha esclavizado a la humanidad y el que los judíos han utilizado como arma tan eficaz para conquistar el mundo.

Estos hechos miran a todos cara a cara; y si bien un individuo puede librarse de la carga de sus deudas tomando ventaja de la ley de quiebras, o por compromiso con sus acreedores, cualquiera que sea la idea que se pueda pensar de tal práctica; tan pronto como una comunidad o nación intenta un proceso de este tipo, se le llama repudio. ¿Dónde está la

diferencia entre la deuda de un individuo y la de varios individuos? La pregunta bien podría surgir de esta forma: ¿puede un padre hipotecar la prosperidad de sus hijos? Ciertamente no puede hacerlo. ¿Qué hacer entonces? La única respuesta que se puede dar es ésta: ¡Manténgase libre de deudas!

De ello depende el bienestar de los individuos, así como el de las naciones. El poder del usurero quedará roto tan pronto como todas las deudas sean liquidadas sobre una base justa y equitativa. Las naciones, que alguna vez obedecieron los mandatos de la fe y el honor, ahora están condenadas a inclinar la cabeza ante la astucia y la usura. El dominio de tales principios es una gran desgracia para toda la humanidad; porque no podemos ocultar el hecho de que toda la sociedad moderna está al borde de la ruina por culpa de ellos y ahora se enfrenta a un terrible cataclismo que debe socavar sus bases mismas. El conflicto decisivo será terrible; porque las masas populares conquistadas y exhaustas lo arriesgarán todo para sacudirse el yugo de la esclavitud judía y desarmar a la hidra cosmopolita de mil cabezas del judaísmo.

Los hombres han levantado una gran oposición contra el sacerdocio que reposa en la vieja Europa; pero el gobierno de los sacerdotes es una cuestión muy pequeña en comparación con el poder que los judíos y los usureros judíos ejercen día a día en todo el mundo.

Roma ha ampliado su poder con una falange de sacerdotes, monjes y monjas, cuyo número apenas supera los 400.000; y los Papas han podido mantener su dominio con este archivo comparativamente pequeño de partidarios.

Los judíos han extendido ahora su red de dinero y poder financiero de un extremo al otro del mundo; y esta red está compuesta dediez millonesJudíos, cada uno de los cuales es más traicionero y rapaz que el otro. Escondidos detrás de sus escritorios de oficina y mostradores de

bancos, estos parásitos roen ininterrumpidamente la riqueza y los órganos vitales de la humanidad.

Los Papas matan a sus enemigos con la prohibición y los expulsan de la Iglesia. Los judíos expulsan a sus enemigos de la Bolsa y de las conexiones sociales, y finalmente nos condenan a morir de hambre sin un techo que nos cubra. Incluso han subordinado el oficio sacerdotal a su poder, como se muestra claramente cuando se afirma que el difunto Papa Pío IX tenía veinte millones de dólares depositados en los Rothschild.

¿Y por qué no? Se afirma públicamente que el cardenal Cansolini tenía buenas posibilidades de ser elegido sucesor del Papa Pío IX, pero una cosa se interpuso en su camino: este buen hombre había tenido la audacia de escribir un ensayo en el que demostraba de manera concluyente que El abuelo de Pío IX era judío.

Tales son los excelentes resultados de la emancipación de las naciones y del llamado progreso de nuestros tiempos. La gente se considera libre y se jacta de tener una alta cultura, y sin embargo nadie se atreve a alzarse contra los enemigos, que sólo logran su conquista mediante el engaño y la usura.

Disraeli, hace algún tiempo, alzó su voz contra este cosmopolitismo, que amenaza con derribar todo el orden actual del mundo. Este estadista israelita puede tener toda la razón; pero al decir lo que dijo, hizo una distinción entre dos órdenes de cosmopolitismo completamente opuestos: el cosmopolitismo judío y el de la reacción social; y aunque, tal vez intencionalmente, señala las consecuencias en lugar de condenar la causa, pasa por alto por completo el hecho de que el cosmopolitismo de las Asociaciones Laborales Internacionales no es más que la consecuencia lógica de las tendencias cosmopolitas proclamadas por primera vez por los judíos.

¿Cómo es posible que estos estadistas se dejen llevar por tal pasión, cuando evidentemente toleran y protegen su causa? No, si realmente pretenden restablecer el equilibrio social, deben agarrar el árbol desde la raíz y dirigir sus ataques contra la causa del mal fundamental cosmopolita. Así, y sólo así, podrán lograr liberar a la humanidad de la mayor plaga que jamás haya sufrido. Sea, por tanto, nuestro lema:

¡Abolir el dominio judío del mundo!

NOTA DEL AUTOR

Estimado lector

Ahora que has terminado de leer esta edición de este libro habrás podido comprobar la similitud de lo relatado en él con lo que acontece hoy en día y lo que ha sucedido en el Siglo XX para llegar a la situación mundial actual.

Espero de todo corazón que además de haber disfrutado de la lectura te haya servido para abrir los ojos a la gravísima amenaza del judaísmo y su supremacismo que tanto dolor y sufrimiento trae, ha traído y, si no hacemos nada al respecto, traerá a la humanidad.

Por último pedirte que difuntas este trabajo libremente para que ayudemos al despertar de la humanidad, sólo alcanzando una masa crítica de suficientes personas conscientes del verdadero problema judío mundial podremos tener la oportunidad de vencer y tener un futuro sin estos parásitos psicópatas.

Para seguir en contacto y acceder a más contenido de calidad puedes seguirnos en el Canal y el Chat de la comunidad de Telegram:

Comunidad: https://t.me/+epDvgWQzwRliNDlk

Canal: https://t.me/CANAL_laSemiYAdelaVERDAD

Si este libro te ha resultado de utilidad difúndelo, porque sólo la verdad nos hará libres. A todos.

Daniel Alonso

La SemiYA de la VERDAD